



Homilía de ordenación diaconal

Catedral de Limón, sábado 13 de mayo, 2023.

Hermanos y hermanas, el Señor se alegra de que estemos hoy aquí para compartir la alegría por la ordenación diaconal de Manuel, quien por gracia de Dios se integra hoy a nuestro clero en el camino de su proceso de discernimiento vocacional.

Nos sentimos muy contentos y llenos de gratitud, por el regalo que el Señor concede a nuestra diócesis de Limón, tan necesitada de vocaciones y de ministros necesarios en todas nuestras comunidades cristianas. Pedimos a Dios que este hermano, dentro de unos momentos ya diácono, sea testigo de la fe y agente de la misericordia del Señor, en medio de nuestro pueblo pobre y sencillo.

Preparando las palabras que hoy quiero compartir con ustedes, he recordado el Evangelio de san Juan que hemos elegido para esta celebración, el Evangelio de ayer viernes nos decía en boca de Jesús: *Éste es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado*. La palabra de Jesús no necesita muchas explicaciones. El fruto de la Pascua que aquí se nos propone es el amor fraterno. Un amor que ciertamente no es fácil. Como no lo fue el amor de Jesús a los suyos, por los que, después de haber entregado sus mejores energías y esfuerzos, ofrece su vida en la cruz. Es el amor concreto, sacrificado, del que se entrega, el de Cristo, el de los padres de familia que se sacrifican por los hijos, el del amigo que ayuda al amigo aunque sea con incomodidad propia, el de tantas personas que saben buscar el bien de los demás, por encima del propio, aunque sea con esfuerzo y renuncia.

En la vida comunitaria -y todos estamos de alguna manera sumergidos en relaciones con los demás- es éste el aspecto que más nos cuesta imitar de Jesucristo. Saber amar como lo ha hecho él, saliendo de nosotros mismos y amando no de palabra, sino de obra, con la comprensión, con la ayuda oportuna, con la palabra amable, con la tolerancia y *con* la donación gratuita de nosotros mismos. En especial, sirviendo a la manera de Jesús, que hoy nos dice: *Ya no los llamo "siervos", porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Ahora los llamo "amigos" porque todo lo que oí de mi Padre, se los he dado a conocer*.

Los primeros lectores de san Juan, que leían el texto en griego, encontraban aquí la palabra "doulos", que era la empleada para una categoría social que existía entonces, los "esclavos". Pero Jesús opone la esclavitud a la amistad, pues no somos "esclavos" de Jesús, sino amigos de Jesús. Nos ha dicho todo lo que él sabía de Dios. Este Evangelio, por así decirlo, ha de ser el modelo y el norte de este hermano, a quien hoy imponemos las manos en orden al ministerio.

Nunca olvide, querido Manuel, que en la esencia de la vocación al sacerdocio, está la esencia de la misión de Cristo, que no ha venido a ser servido, sino a servir. Viva el amor plasmado en el servicio y la humildad. Usted ha sido llamado, elegido y amado por Dios. Públicamente manifestará que se siente ungido por el Espíritu para anunciar la Buena Noticia, acogiendo el don que ha recibido. El Señor lo ha escogido, lo ha llamado y usted ha sabido responder con amor y prontitud para servir en la diaconía de la Iglesia. La diaconía que desde ahora lo caracterizará, se ha de mostrar en el servicio de la caridad, en el servicio de la palabra y en el servicio de la Eucaristía.

Ha sido elegido por Dios y por la Iglesia en el orden de los diáconos para participar en la misión de Cristo. El sacramento que recibirá le otorga el don y la gracia a la que ha de corresponder, con la entrega de su vida a la Iglesia. Su tarea como diácono incluye el anuncio de la fe, la proclamación del Evangelio, con su palabra y con su vida. Pero hay más. Es esa fe y ese Evangelio el fundamento de su servicio al altar y de su

servicio a los pobres. Solo servirá al altar y al pueblo dignamente, reconociendo a Cristo en los sacramentos de la Iglesia, especialísimamente en la Eucaristía y reconociéndolo en los necesitados. El ministerio de la caridad, el cuidado de la vida, y la transformación del mundo según los valores evangélicos, que hoy se le encomienda, han de ser campo privilegiado para configurar su vida con la de Cristo siervo y servidor.

La caridad, por su misma naturaleza, tiene una fuerza transformadora. En este mundo, en el que tantas personas están pasando necesidades, en medio de una crisis económica y de valores, en medio de la soledad y de las nuevas pobrezas de nuestra realidad: violencia de género, familias desunidas, ancianos y niños abandonados, etc, la caridad nos hace creíbles como verdaderos testigos de Jesús, como verdaderos diáconos y servidores. Pero lo más importante no es lo que haces sino lo que usted ha de ser: un signo sacramental de Cristo siervo. Por ello lo primero y más importante es estar con Jesús, es decir, mantener una relación personal e íntima con el Señor en la oración personal y comunitaria, en la escucha de la palabra de Dios y la celebración de los sacramentos.

Seguramente lo leyó usted mismo de boca del pueblo santo de Dios a quien le pedí hace unos días oraciones por su ministerio a través de las redes sociales: le ruegan que sea un pastor cercano, humilde, entregado y servicial, pero sobre todas las cosas que aspire a la santidad, que sea el mismo Jesús el que se sienta a su paso, que nadie quede indiferente luego de escucharlo hablar con los labios y vivir con su vida los mismos sentimientos del Señor.

Que su vida y la forma de relacionarse con los demás, transparente siempre el amor de Dios, por su rectitud y por su caridad para con todos. Siempre recuerdo del consejo que Monseñor Vittorino Girardi, obispo emérito, nos da a los sacerdotes: no hagamos cosas buenas que puedan parecer malas, cuide que todos sus actos comuniquen en todo momento, circunstancia y lugar, la gracia de la cual es depositario.

El espíritu sinodal que anima en este tiempo a la Iglesia debe de ser para usted, estimado Manuel, un aliciente para caminar gozoso junto al pueblo, ni adelante ni atrás, sino en medio siempre, abriendo su corazón a la escucha de todos, poniendo sus manos cuando sea necesario levantar a alguien que ha caído física o espiritualmente, sus brazos para trabajar con la comunidad en la que sirva, teniendo ojos atentos a todo aquello que amenace la unidad de la Iglesia y el gozo de la paz de Cristo.

Un bautizado, y con más razón un ministro ordenado, es un hombre de oración profunda y sincera con Dios, una cercanía que de modo natural lo acerca a sus hermanos sacerdotes, en comunión y obediencia a su obispo, capaz de advertir el querer de Dios en cada paso de su vida, aunque a veces cueste humanamente aceptar su voluntad.

Y esto, querido hermano, es fundamental: hay necesidad de detenernos, de vivir a diario los momentos de intimidad con Dios, desconectándose del ruido de cada día, para escuchar al Señor, para llegar a la “raíz” que sostiene y alimenta la vida, Jesucristo, para salir con fuerza a cumplir su mandato de anunciar a todos el Evangelio, para transmitir la caridad y la fe, como un día el diácono Felipe se encontró con un funcionario de la reina de Etiopía y a quien transmitió no solamente la palabra de Dios, sino especialmente el don de Cristo, según hemos escuchado en el bello relato de la segunda lectura, tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles.

Reciba, pues, este ministerio con espíritu de pobre. No es ningún derecho, ni mío ni suyo, es un don del Señor que ha ido trazando las líneas de su vocación. Pues ha sido llamado a construir el Reino de Dios, a manifestar su bondad y comunicar unos bienes que no son suyos.

Como le diré después: recibe, cree, enseña y practica: *Recibe el Evangelio de Cristo, del que has sido hecho mensajero, y cree lo que lees, enseña lo que crees y practica lo que enseñas.* Pero no olvide que somos

vasijas de barro, pobres vasijas de barro, que llevamos en nuestra voz, en nuestras manos y en nuestro débil corazón humano, la riqueza y la fuerza de un don que nos desborda, como lo vimos o escuchamos en la primera lectura de la vocación del joven Jeremías, que se sintió sin fuerzas, impresionado y casi apabullado por el Señor, que lo llamaba a una tarea dura, espinosa y difícil, siendo apenas un muchacho, de carácter tímido y apocado como lo era. Temblorosos, pero radiantes; pobres, pero inmensamente ricos; desarmados, pero inquebrantables, llevamos los cristianos por el mundo entero, el tesoro de la Buena Noticia, porque Dios es nuestra fuerza y guía.

Contará con la fuerza del Espíritu Santo. Esa es su garantía y fortaleza de ahora en adelante. Estaremos también aquí sus hermanos sacerdotes y yo para apoyarlo y aconsejarlo cuando necesite. No dude en pedir ayuda cuando sienta que sus fuerzas no le alcanzan, en esto hemos de dar testimonio de unidad y fraternidad.

El pueblo de Dios también estará a su lado en la oración y el acompañamiento fraterno. Sírvale como el más grande regalo que Dios le da hoy, nunca, jamás, se sirva de las personas para su beneficio y mucho menos de los pobres o los vulnerables, ellos son los preferidos del Señor.

Que sea para usted ejemplo siempre el testimonio de María nuestra madre que, apenas le anuncia Dios por medio del ángel Gabriel, que iba a ser la madre de Jesús, sale corriendo a visitar a su prima y se pone a servirla. María es para todos nosotros la mujer creyente, la gran evangelizadora, servidora y portadora de la alegría de Jesús. Por eso es nuestra mejor modelo en todo ministerio. Que en ella, nuestra Madre, invocada como Nuestra Señora Fátima y cuya fiesta hoy celebramos, usted encuentre a la madre en la que ponga su mirada, cuando el cansancio o la oscuridad lo amenacen o disminuyan sus fuerzas.

A la Santísima Virgen María encomendamos esta misión que hoy Cristo y la Iglesia le regalan y le confían. Que así sea.

Mons. Javier Román Arias

Obispo de Limón